
JUAN LUIS PEDRO MARIA Y PATRICIA SUBEN AL CIELO

Bruno Montané

Facultad de Filosofía y Letras

Y subimos al aire acariciando pájaros,
mirando la tierra desde arriba,
hinchándose nuestros ojos con la humareda.
Los aviones que pasan nos hacen daño, ese ruido tan fuerte,
el calor de los motores hediondos;
pero el viento nos refresca mientras mojamos los labios
en el rocío tan de la mañana con su neblina.
Vemos cómo allá abajo, sobre las carreteras
los camiones militares desplazan su engaño
—en los negros cañones, en los ojos de mentira—
Y también vemos cómo duerme la gente en los trenes
cuando los viajes son muy largos y es de noche;
y la lluvia lenta, y las ciudades en toque de queda
con sus faroles guardianes.

En la oscuridad de nuestro vuelo
sentimos cómo las alas nos nacen a la espalda.
De pronto nos despiertan los balazos.
Allá abajo los perros
ladran.

I
Levemente cansado llego a la casa
en el camino una fatiga de humos me venía deshaciendo
Y en el primer piso una niña hace la relación
de sentimentalismos muy típico de su edad
Ah Mierda/ estas ciudades lentamente sudadas por todos
se pegan a la memoria y nunca a la conciencia
De este lado te estremeces por el amor que todos necesitamos

juntando cortinas en un discreto encanto
–A la par de los soles fotografiados/
la inmovilidad que produce espasmos
por la impresión de otros días –

Y porque la gente siempre tomó los trenes
y murió de infartos cardíacos mientras dormía la siesta
Y uno amaba o creía amar sin ojeras
las sombras del atardecer
–Las horcas primeras de la temporada–
Y la situación de los niños adolescentes
enarbolando la reflexiva memoria del entresueño
como un monstruo que volara con blancas alas
hacia un país no acabado

Porque la gente habló de sus cuestiones
–hizo las compras con la tristeza en el parque sin término–
Y la noche se sujetó a las faldas de las generaciones
por mucho tiempo más
Y los niños no aprendieron a masturbarse hasta muy tarde
cuando las sábanas eran la insinuación de la caricia
de esa niña que vieron al mediodía parada al umbral
de la esperanza con más ojos que la luz

Y las ventanas cerradas por dentro
El beso del interior que fue ametrallado con ruidos
y manchitas rojinegras: La Muerte

Mientras una pareja se acariciaba el tiempo
de un orgasmo sin disculpas al mundo que sufría
Porque las lenguas se tragaron inexplicables
y las miradas como abismos
y muchos siglos
Quedando un testimonio de ropas-tiempos-arrugados
cuando los automóviles siguen tragando la noche
y alguien escribe
de un devenir semi-trágico en la conciencia de lo cotidiano
como si un pasto verde se quemara
lentamente

